



CUANDO mi amigo conoció mi hastío de los bulevares, la tristeza profunda que me había producido esta muchedumbre que circula entre autos y tranvías, el mareo de esta circulación de la corriente urbana, me llevó a un remanso, a un rincón provinciano. Porque para rincones provincianos los de París; para hasta aldeas los que en medio de París se encuentran. Mi amigo me llevó a la Plaza de los Vosgos. Y me enternecí al entrar en ella. Me acordé de mi Salamanca y de su Plaza Mayor. Y de la Plaza Mayor de Madrid. Aunque esta de los Vosgos, de París, es acaso más provinciana, mucho más provinciana que las de Madrid y de Salamanca.

Estas plazas con soportales, recogidas, familiares, íntimas! Estas plazas en cuyo centro juegan los niños y los mayores están al servicio de ellos.

En la de los Vosgos, donde vivió Víctor Hugo, se alza en el centro un Luis XIII a caballo, que como es de mármol tiene el caballo que sostenerse sobre un tronco de árbol cortado en el que apoya su vientre ¡cosa horrible! Al desdichado escultor no se le ocurrió otro artificio para resolver un problema de estética. Pero nadie hace caso allí de Luis XIII.

Como por la plaza de los Vosgos no pasan autos, los niños pueden jugar en ella sin cuidado. Y juegan con pequeños autos de juguete, y un niño levanta un palo, haciendo de guardia municipal, para interrumpir el curso de un auto de juguete.

¡Y aquellos soportales! Son más pobres, más aldeanos, más estrechos, más bajos de techo, que los de la Plaza Mayor de Madrid y de Salamanca y mucho más que los de la Plaza Nueva de mi Bilbao, que siendo mucho menor y más mezquina que las otras dos plazas españolas tiene, sin embargo, unos soportales espléndidos.

Soportales aquellos de mi Plaza Nueva de Bilbao donde amamanté mis primeros ensueños filosóficos, donde forjaba, a mis veinte años, sistemas metafísicos. Sentado en un rincón de los soportales de la Plaza de los Vosgos, donde vivió y soñó Víctor Hugo, me acordaba de aquellos soportales de mi Plaza Nueva de Bilbao donde, mientras fuera — dentro de la plaza — caía la llovizna, el *sirimiri* que allí se dice, iba yo hilando el lino de mis ensueños transcendentales. Hilo no menos sutil ni menos rugitivo que el de aquellas hebras de agua que sobre mi plaza hilaban las nubes de mis montañas vascas, de la mar de mi golfo de Vizcaya.

También aquí en París, hilo lino de ensueños. Y lino líquido. Aquí rumio mis recuerdos, aquí vuelvo a vivir mi vida, aquí busco la vida que se me fué. Esta Ciudad Lumbre — *Ville Lumière* — me alumbraba mi pasado. Y por eso, en los soportales de la Plaza de los Vosgos volvían a mí las tardes, ya re-

metas, en que bajo los soportales de la Plaza Nueva de Bilbao discutía con mis amigos de la niñez. ¡Cuántos

ASPECTOS DE PARÍS

II

ciamos indignados, de la abyección en que se le ha sumido a nuestra patria.

Sentado allí, en un mezquino *bar* de los soportales de la Plaza de los Vosgos, más un *cabaret* que no un *bar*, entre unos obreros, recordaba mientras me servían un refresco, la tarde en que leí bajo los soportales de la Plaza Mayor de Salamanca el telegrama en que se anunciaba que se me había deportado a Fuerteventura. Y por asociación de ideas, ya que Víctor Hugo vivió y soñó en esa provinciana y recatada Plaza de los Vosgos, recordaba el destierro del poeta de los «Castigos» en la isla de Guernesey, de donde lanzó sus rayos contra la podredumbre del Segundo Imperio, el de Napoleón el Chico, el que pereció en Sedán. Sólo que Hugo tuvo que estarse años en su isla, en esa isla que vi al pasar, de lejos, acercándonos a Cherburgo.

Hugo, el que vivió y soñó en la Plaza de los Vosgos levantó un monumento poético de eterna memoria a Nuestra Señora de París, a ese portentoso monumento que es la catedral de la capital de Francia. Y aunque entre las fechas de erección de Nuestra Señora de París y de la Plaza de los Vosgos median siglos, un común espíritu, una misma tradición los enlaza. Hay algo de eclesiástico, diríamos mejor que de conventual en la Plaza de los Vosgos; podría pasar muy bien por un enorme claustro de convento. Un claustro vivificado por los niños que allí juegan, por esos niños a que tanto quiso el que escribí sobre el arte de ser abuelo. Y es que la Plaza de los Vosgos tiene abolengo.

¡Abolengo! Esta palabra en castellano es un sustantivo y nadie lo usa como adjetivo ya que como adjetivo se usan realengo y otras. Y, sin embargo, nos está haciendo falta un adjetivo que sea a abuelo lo que paternal es a padre. ¿O es que nada hay que decir del amor... abolengo? Ancestral es un término culto, pedantesco — para mi gusto insoportable — y que quiere decir otra cosa.

La Plaza de los Vosgos tiene abolengo. Es una plaza para que lejos del tráfigo de los bulevares y de las avenidas tomen el sol en ella — los días que se puede, que aquí no son muchos — los niños y los ancianos, los nietos y los abuelos, asistidos por algunas nodrizas y niñeras mientras los padres y las madres atienden a sus faenas. La Plaza de los Vosgos es un lugar para que los abuelos vayan a pasearse bajo sus soportales en los días de lluvia — ¡que aquí son tantos! — y a recordar su niñez; es un claustro de memorias. La Plaza de los Vosgos nos recuerda la época en que la ciudad era una casa, una sola casa, una familia.

No hay además en ella ningún sumidero — ¡horror! ¡horror! ¡horror! — del metropolitano, ni pasan por ella tranvías ni autobuses alguno. La Plaza de los Vosgos es de abolengo.

MIGUEL DE UNAMUNO



lale

O.C. Lamm X